

El Baluarte

Subscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7/50
Ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NUM. 302

Sevilla—Miércoles 31 de Diciembre de 1902

AÑO XXVI

Sr. Director de la Revista Interplanetaria EN LA LUNA

167

Respetable señor: El Dios invisible é incorpóreo que rige el Universo te conserve muchos siglos con salud, libertad y dinero.

✠

JHS

EL EXPEDIENTE ORTIGÜELA

Con este nombre pasará á la historia el asunto Ortigüela, cubierto con un velo negro, como pasaron sus similares en oscuridad, el Loco de Plasencia, los Niños del Canal, los Astilleros del Nervión, la Trasatlántica, la cuestión Melilla, la Expedición Cervera, el Niño del Escorial, los cautivos de Marruecos, el matute de Pepe el Huevero, las omías de Cambios Nuevos y del Liceo en Barcelona, los héroes de Baler, la muerte de Maceo, los alcances de los repatriados y tantos y tantos otros... de índole parecida.

Se trata ahora de 1.500 fanegas (castellanas) de terrenos del Estado, que pasan á poder de un particular, no por obra y gracia del Espíritu Santo, como ocurría en otros tiempos, sino por gracia y obra del Gobierno, en el que ha desempeñado el papel de padre putativo el exministro de Agricultura, señor Suárez Inclán.

Este, al verse atacado con tal motivo por las oposiciones, se le anudó la garganta y no pudo articular en su defensa ninguna razón convincente. Pero si la defensa del ministro fué débil y oscura, no hubo más energía ni más claridad por parte de los atacantes. La mayoría, para evitar sangre, digo, para evitar luz, echó el capote, con la acostumbrada fórmula de «no ha lugar á deliberar», y el pueblo se quedó en ayunas del cómo, dónde, cuándo y por qué se adjudica á un particular (cuyo nombre se oculta) una finca del Estado, de buenos pastos y mejores maderas.

Y lo más raro es que la minoría se dió por conforme con el voto de la mayoría, y todo quedó entre tinieblas, por creerle, acaso, de escaso interés nacional.

Pero, apesar del velo con que se cubre el asunto, no es fácil convencer de que se trata de cosa baladí, pues una superficie de 1.500 fanegas (castellanas), que algunos hacen ascender á 3.000, dan un total de 9.600.000 metros cuadrados, que suponiéndolos á 50 céntimos uno, con su correspondiente arbolado, arrojan la no despreciable suma de 4.800.000 pesetas, pues no es de creer se trate de terrenos de escaso valor.

Y aunque reduzcamos el supuesto precio á la mitad, siempre nos resultará que la finca en cuestión no sólo podría hacer felices á muchos desheredados, sino que es digno de formar parte hasta de la dote de un infante ó de un príncipe.

Este caso ni es único ni nuevo, sino que ahora hay que darle el barniz de la legalidad, que antes no era necesario, porque la publicidad era nula por falta de Prensa.

Don Felipe 3.º, aquel rey más merecedor del título de católico que sus antepasados D. Fernando y D.ª Isabel, por haber establecido en sus extensos dominios la unidad católica, da quince y raya á los expoliadores modernos.

A los hebreos y mahometanos los puso en la alternativa, ó de reconocer al Papa como único representante de Dios, ó de salir del territorio, con la pérdida de todos sus bienes; repartió lo confiscado entre la tiara y la corona, empobreció al Estado y enriqueció á la Iglesia y redujo á España á 6.000.000 de habitantes. Y si pródigo fué en apoderarse de lo ajeno, no lo fué menos en hacer donaciones á costa del pueblo. Véase la clase:

En un baile regio, eligió S. G. M., para bailar una danza, á la joven marquesa de Alcañices; á quien dijo al terminar:

—Bailas divinamente, y te regalo, como premio á tu habilidad, la Albufera de Valencia.

Acercóse el marqués en aquel instante, y le dijo la marquesa:

—Su Majestad, en su inagotable deseo por «la prosperidad de sus súbditos», me ha regalado la Albufera de Valencia.

—Y yo—dijo el marqués—suplico á su majestad me permita cederla en beneficio del Estado.

—Aceptado—contestó el rey—y en compensación á tu desprendimiento, te señalo una renta hereditaria, como carga de justicia, de 1.000 reales diarios.

Yo, para evitar estos casos, no permitiría que ni el Estado, ni la Provincia, ni el Municipio, ni la Iglesia (sobre todo la Iglesia católica, por ser un estado extranjero) poseyesen otros bienes que los respectivos edificios que ocupasen. Y todos los que poseen ó posean en lo venidero estas entidades, salvo los de los municipios que fuesen de reconocida utilidad y de necesidad pública, á juicio de las cuatro quintas partes de sus vecinos, los dividiría en lotes y los sortearía entre todos los empadronados en el término municipal, y que no pagasen por carecer de bienes, contribución directa.

Cuanto más propietarios, más contribuyentes, y menos socialistas, y menos anarquistas.

La venta no la permitiría yo nunca, porque siempre sería una venta de compadres y un negocio para los políticos que la efectuasen, como ocurrió cuando el inmortal Mendizábal ordenó la venta de los inmensos bienes que por medio del engaño y de la estafa poseía el clero.

Y no fué porque aquel gran patricio pretendiese redondearse y redondear á sus parientes y amigos. No, no fué este su pensamiento, sino el de hacer frente con su importe á los vaticanistas, que disputaban la Corona á la entonces niñita doña Isabel 2.ª.

—Los bienes de la Iglesia—decía Mendizábal—han sido, son y serán siempre, un robo particular y un robo nacional, por pasar á ser propiedad extranjera.

Y ya que no era fácil devolverlos á sus legítimos acreedores, estuvo el Estado en su perfecto derecho al *españolizarlos* y traerlos á la tributación.

Pero, la guerra que en aquella época asolaba al país, el temor á las venganzas políticas y las fulminantes excomuniones lanzadas por el Papa contra los compradores de los que llamaba sus bienes, como llamaba José María su reino á Sierra Morena, fueron causa de que durante la situación liberal no se realizase ni una sola venta.

Vencidos los vaticanistas (alias carlistas), con la ayuda de Dios y de la pólvora, la ley Mendizábal hubiese tenido cumplido efecto. Pero, una vez asegurada la corona de la reina niña, su augusta mamá, la napolitana doña María, se puso, y puso á los pies del Papa, la Nación que á ella y á su hija le habían regalado los liberales; dando á éstos, por consecuencia, el puntapié de ordenanza, con la ayuda de la célebre Milicia nacional.

En el Poder los vaticanistas, el Papa levantó la excomunión lanzada contra los compradores, y la ley Mendizábal, ley del Demonio hasta entonces, pasó á ser la ley de Dios. Pero con una variante: con la variante de autorizar á los obispos para justipreciar *por sí y ante sí* los bienes eclesiásticos de sus respectivas diócesis, que no estimasen necesarios para el usufructo y recreo de sus sagradas personas. Y que el Estado entregase, como entregó á la Iglesia, el valor de dichos bienes, en Deuda perpétua del 3 por 100.

De donde resultó:

1.º Que los bienes pasaron en su totalidad, por un 10 por 100 de su valor, y en calidad de censo, redimible con el 50 por 100 de rebaja á poder de la gente nea.

2.º Que se entregó su valor á la Iglesia en Deuda perpétua.

3.º Que en compensación de los bienes y de los diezmos y primicias, se señaló al clero el sueldo que disfruta y demás gajes adyacentes.

4.º Pensión vitalicia á los reverendos frailes por haber embrutecido, violado y empobrecido al pueblo.

5.º Indemnización de 12.000.000 de reales anuales á las reverendas monjas, que volvieron á ocupar sus respectivos nidos, ó harenes, como esposas de Cristo.

Y esta ha sido, es y será siempre, la eterna cuestión, y la eterna explotación de los bienes

del Estado, mientras no se concluya con ellos en la forma que propongo.

MERCURIO.

La Tierra y Madrid, 1902.

Murmuraciones

La cuestión de Marruecos ha venido de perlas á los asuntos políticos españoles.

De intento ó no, la ocasión la pistan calva para que los actuales gobernantes no se aprovechen de ella.

Ni Silvea, ni Maura, ni Villaverde, los tres pies del banco ministerial, han dado de sí otra cosa que el arreglo de personal y la dispensa de beneficios para los ahijados.

Sanchez Toca, el ministro de Marina, ha visto el Presupuesto abierto, y ya se le ha presentado ocasión de mandar armar y desarmar las inutilidades guerreras que tenemos sobre el mar haciendo el papel de máquinas de guerra.

La mayor fortuna ha presidido á la toma de posesión del ministerio marítimo por el Sr. Sanchez Toca.

Apenas llegó se le ocurrió, para evitarse animosidades de la plana mayor de marinos, crear un estado mayor, una especie de Almirantazgo con grandes sueldos y sin ningún barco, para tenerlos contentos.

Así fué... A los cuatro días de haber sido nombrado jefe superior el indispensable é insustituible señor Cervera, héroe en Santiago de Cuba, y cuya gloria todavía está remojada, é impresas con caracteres rojos aquellas palabras célebres: «*Angel y yo, salvos.—Mandenme fondos.*» A los cuatro días, iba diciendo, de haber tomado posesión, surge el conflicto, que no es tal conflicto, sino la guerra civil en Marruecos.

Ya sabemos todos que nosotros los españoles nada tenemos que hacer allí, porque nada nos deben, ni somos quienes para entrometernos en las luchas intestinas de un pueblo, que desea derrocar á un Sultán imbécil, levantando á un tuante embaucado; pero... ya es un motivo para que la opinión transija con que se hagan los gastos necesarios, se concedan los créditos que hagan falta, y que se meneen los barcos de aquí para allá.

No podemos resistirlos—porque sería criminal—á que nuestros compatriotas que se hallan en Africa no cuenten con el auxilio de la madre España; pero de eso á darlas de Quijote, va mucha diferencia.

¿Qué vamos nosotros los españoles á arreglar en Atac?

No somos quienes para podernos hombrear con las naciones que tienen allí puesta la garra, yo creo que en beneficio de la civilización; ni tenemos plétora de población, como Alemania, que necesitemos terrenos feraces sobre que ensancharnos; ni nuestra nación goza del bienestar relativo que se necesita para emprender campañas civilizadoras, porque más de la mitad de España está aún por civilizar.

¿A qué, pues, ese movimiento inusitado y esa expectación en las esferas oficiales? ¿No están viendo que se agitan en el vacío y que á nadie interesan?

El tiempo de los héroes y caudillos ha pasado ya para nosotros.

España ha quedado reducida á ser la nación de *Blanco y Negro*, cuyos lectores, en nutrida votación de diez ó doce mil, han proclamado como primer político español á Sagasta, y como primer general á Weyler.

En este callejón europeo de nulidades elevarías á la gobernación del Estado, nadie mira sino á las alturas, coronadas todas ellas de enanillos sin pudor.

Hablando del asunto de Marruecos, escribe *El País* un hermoso artículo que merece mediar.

De dicho trabajo son los párrafos siguientes:

«España no tiene en Africa posesiones, sino presidios. En Tánger su comercio ocupa el último lugar. En el interior viven muy pocos españoles. Inglaterra, Francia, Alemania, esos son los países que deben velar por sus intereses marroquíes. De ellos es el comercio, la navegación, la poca industria que existe. Ellos trafican con el interior. Ellos aspiran á dominar el Mógreb.

España no debe aspirar á otra cosa que á que la dejen tranquila, alejada de las aventuras exteriores, cuidada de su territorio peninsular, sin ambiciones colonizadoras que han agotado nuestra existencia y que nos han arrumbado para todo un siglo.

Huya el gobierno de las aureolas guerreras. Recuerde que Africa no fué siempre funesta. Allí perecieron millares de soldados españoles sin que lograramos pasar de Tetuán. Allí nos pusimos en ridículo con la vergonzosa expedición á Melilla, que reveló á cubanos, filipinos y yanquis el secreto de nuestra debilidad militar.»

Secreto no era. Los yanquis lo sabían. Como lo saben todas las naciones europeas. ¿Acaso nos trataron de igual á igual?

No.

Nos trataron como á pordioseros.

Para echarnos de Cuba y Puerto Rico, nos contestaron:—¡Perdonad por Dios!

Y para echarnos de Filipinas nos arrojaron los treinta dineros.

Dineros que recogimos mansamente, como humildes pobres, y nos retiramos á nuestro viejo caseron á regenerarnos con nuestra vieja monarquía y con nuestros viejos gobernantes.

Ha comenzado el arreglo del partido liberal mediante las conferencias en que habrán de estipular las condiciones de burla al sufragio universal. Borbolla dirá:—¡Cuarenta!—Martinez contestará:—Le doy á usted veinticinco, ni una menos, ni una más.

Y si el arreglo se hace en condiciones, formal, habrá banquete y programa, y el año comenzará con la santa disciplina.... Cuando haya al fin que luchar, entonces las ambiciones de nuevo renacerán, y tendremos veinte jefes para un acta nada más.

En Virginia, patria del tabaco fuerte, hay puesto, en la estación del ferrocarril, un cartelón que dice lo siguiente:

«Se ruega á las señoras se abstengan de fumar en los salones de esta estación. Los tapices son demasiado caros y las fumadoras demasiado inconsecuentes y despreocupadas.»

Despreocupadas, entre nosotros, es sinónimo de frescas.

Y frescas sinónimo de otra cosa peor.

¡Vaya con las señoras de Virginia!

En fin de Noviembre del año que hoy concluye, los desahucios entablados en los diferentes juzgados de Madrid ascendían á la enorme cifra de 15.727.

15.727 inquilinos que no pueden pagar la casa en que viven, y que la justicia, haciendo justicia, tendrá que arrojarse al arroyo.

¡Y queremos llevar la guerra á Marruecos, para civilizar á los moros, quienes, más de la mitad, tienen casa propia y todo el campo es suyo!...

Me río yo de estas civilizaciones que consisten únicamente en proteger al casero, en sus diferentes manifestaciones.

Con la civilización va también la servidumbre.

Dejémoslos allá que se las arreglen como puedan... sin casero.

Es debir: sin el animal más temible.

¡Treinta y uno de Diciembre!

Hoy concluye el año viejo, que fué el año de Sagasta y los demás esperpentos de la política vieja en este país de viejos.

Hoy concluye este granuja de darnos disgustos serios, dejándonos la propina de una guerra allá en Marruecos, y dejándonos el cólera metido en los ministerios con Maura, el gran jesuita, y con Silvea el excéptico, quien, por creer ahora en algo, quiere creer en que es neo.

Como año malo, no ha sido ninguno de esos ejemplos que eternamente recuerdan grandes miserias y duelos. Comparado con algunos de los que le precedieron, ha sido buena persona y no deja mal recuerdo.

Salvo que nos ha dejado una turba de mostrencos (léase frailes franceses) y algunos grandes conventos abarrotados de madres de esas que paren con rezos, porque su Esposo es espíritu, y el espíritu es el Verbo, y el Verbo no tiene carne, ¿qué digo carne? ni hueso, salvo esa mala partida, el año ha sido algo bueno.

Ha habido trigo y cebada para llenar los graneros, y ha habido contribuciones para dejarlos en seco.

quiero decir, sin un grano, para pagar culto y clero. Vaya usted con Dios, amigo, á quien ya más no veremos. No le digo á usted bandido porque no merece serlo; pero como ha resultado para nosotros muy neco, le diré:—¡Vete, granuja, á los profundos infiernos, y espera tranquilamente que allí los dos nos veremos: tú por católico estulto, y yo por vitando viejo!

CARRASQUILLA.

La derrota del Sultán

La noticia del desastre de las tropas, capitaneadas por el jefe de los creyentes, ha causado inmensa sensación, y en el momento en que escribimos estas líneas es el asunto en que esta fija la atención de todos.

El Gobierno, que no había adoptado medida alguna de previsión, se ha reunido precipitadamente y adoptado acuerdos relativos al envío de fuerzas de mar y tierra, y al cambio de impresiones con nuestros ministros en París y en Londres, medidas y resoluciones que acusan lamentable abandono, porque ellas significan que aquí no se había pensado en nada hasta que el conflicto no se ha presentado con todas las negruras de una realidad, que puede ser de tristes consecuencias para nosotros.

Los batallones sin dotar, nuestras plazas africanas poco menos que desguarnecidas, los barcos diseminados é inútiles para una marcha en las condiciones que las circunstancias reclaman.

Algo apuntábamos en nuestro artículo anterior sin presenciar la catástrofe; pero sí previendo la contingencia de un descalabro del ejército del joven Sultán marroquí.

Frente al peligro y á las contingencias de una acción de Europa y de una posible intervención, no nos queda otra cosa que decir sino prevenir al Gobierno para la adopción de medidas y acuerdos, inspirados en el patriotismo y en en las altas miras de los intereses de la nación, que acaso se hallan más comprometidos de lo que se supone en las esferas gubernamentales.

Que no basta acumular fuerzas precipitadamente y reunir barcos en los puertos africanos, sino que se impone una acción diplomática, hábilmente llevada, que sepa mantener nuestro prestigio y la influencia de España en el perturbado y poco menos que disuelto imperio serifiano.

Que no echemos las campanas á vuelo, ni alardeemos de desplantes bélicos, sino que vayamos con prudencia á una acción común con los gabinetes interesados en el imperio marroquí para sacar á salvo nuestra legítima influencia en Marruecos.

Inglaterra y Alemania andan atareadas con la intervención en Venezuela. Austria y Rusia dirigen amenazadoras reclamaciones al Sultán turco, pidiendo la libertad de Macedonia, á quien Inglaterra y Alemania no ponen buena cara.

Francia es hoy la más desligada de conflictos internacionales, y esta nación é Inglaterra las más interesadas en el problema de Marruecos. Nuestro interés es mayor que el de estos dos pueblos, por la sencillísima razón que todo cuanto nos queda fuera del territorio peninsular depende del problema marroquí, y á él están ligadas la suerte de nuestras islas, del atlántico y del Mediterráneo, y nuestra influencia en este último mar, cuyas llaves poseemos todavía.

Algo más que las bocas de nuestros cañones y los filos de las bayonetas de nuestros soldados hay que hacer en el norte africano. No solo una acción diplomática bien meditada, pero además una hábil política de paz y benevolencia para con los moros, que, á la vez que facilite la expansión de nuestro comercio, les inspiremos la confianza del cumplimiento de todos los compromisos que con ellos pactamos.

Esperemos el desarrollo de la política del Gobierno y el conocimiento de los planes, y reservemos nuestros juicios, por lo menos, mientras el conflicto presente los caracteres agudos que nos anuncia el telégrafo y la precipitada reunión de los ministros responsables.

A. A.

Un aspecto del drama

Ese de los Humbert, hoy crónica periodística de exóticos sucesos para nosotros, mañana crónica judicial de llamativa actualidad para la prensa francesa, escándalo parlamentario en las

Cámaras de la República, pelota dura y agresiva que irá de tejado en tejado lanzada de acá para allá entre nacionalistas y radicales, ofrece, entre todos sus aspectos, ya cómicos, ya trágicos, uno de superior interés social.

La familia Humbert, como aquel Sacard de *L'Argent*, que, vencido y desecho, volcado en el arroyo y llevando la honra en jirones, sigue entonando un himno religioso al dinero como á un dios desconocido, pero invencible, representa algo más que el liviano y vulgar espíritu de la estafa. Sus engaños épicos, sus geniales y extraordinarias novelas financieras, aquella sed insaciable de oro con que van recogiendo y lanzando á los vientos millones y millones, aquel prurito creciente de dominación y de fruto, aquella tremenda batalla librada para conquistar un brillante puesto en la vida parisiense, son en grande las mismas ansias, las mismas inquietudes, las mismas mordeduras y desesperaciones del egoísmo y la ambición que traen revuelto al mundo desde el día en que la igualdad civil y política hizo más perceptibles y más sensibles también las diferencias de fortuna.

El aristócrata y el plebeyo, el ministro y el simple empleado, la familia patricia alojada en palacios y la familia de clase media instalada estrechamente en sus cuartos pisos, viven bajo las mismas leyes, sometidos á las propias reglas de indumentaria, del trato, de la representación y la cortesía. El contrato llega hasta abajo; las clases populares, recluídas en sus zaguizambes y guardillas, recorren las calles de la ciudad; á lo largo de éstas, los grandes escaparates cargados de cosas útiles y bellas, las filas de bien portados paseantes, la ola hinchada de vida alegre y nerviosa en que van y vienen grandezas, vanidades, dichas de un día, triunfos de una hora, parece como que dicen, como que gritan al infeliz y al derrotado:—Hé aquí la verdadera existencia.

Por un sentimiento muy humano tales contrastes dan una mayor dureza á la vida. La virtud ha de ser más fuerte. La sencillez de espíritu ha de resistir vértigos y mareos. ¿Iguales? ¿Soberanos? ¿Legisladores? Y el dinero con sus golpes y sus caprichos, con sus sociedades por acciones, con sus primas, con sus trusts, con sus Bolsas, con sus banqueros audaces; con sus acaparamientos, con su fuerza irresistible, incoercible, semejante en sus formas actuales á una electricidad nueva, responde con una cargada al desdén romántico de las generosas teorías...

En la clásica antigüedad Sócrates decía sonriendo:

—¡Cuántas cosas hay en en las tiendas de Atenas que á mí no me hacen falta!

Y á la sombra de un plátano dialogaba serenamente con Platón sobre la Belleza. Y es que á su lado todo un mundo de esclavos daba lecciones diarias de humildad y resignación.

Más tarde abrió Cristo su gran cátedra de pobreza. Desde entonces, hasta poco há, reyes y emperadores dominaron sobre una sociedad que sólo raras veces se rebelaba por la fortuna. El mundo era un valle de lágrimas. El infierno abajo era la gloria arriba.

Pero hoy, si de aquella cátedra sale un clamor piadoso ó una voz enternecida, el mundo parece sordo á ella ó, endurecido, no le escucha.

Sacard entona más alto que nunca su fuerte himno al oro, y Nietzsche, un pensador de inmenso talento, hace del egoísmo una fiera filosofía.

En vano, con apostolado nuevo, llama Tolstoy los hombres á la sencillez; la contienda entre el dinero y los que no lo poseen no parece que termina, sino que comienza. Tal es de ardorosa la lucha. Como Macbeth, la humanidad ha oído la risueña profecía y se prepara para reinar, manchando á veces sus manos ya de cieno, ya de sangre.

La producción potente de una industria maravillosa, las facilidades entrevistas de una regada existencia, el cultivo de la individualidad recomendado por la metafísica nueva, la seguridad y la altivez con que las conciencias aligeradas de peso prestan acatamiento al buen éxito y á la victoria; empujan unos hombres contra otros, no en batallas campales, sino con lazo y cepo, con astucia y engaño, con arte exquisito y aun valiéndose de la misma ciencia.

En esa lucha se destaca madame Humbert. Busca el dinero donde puede encontrarlo. Pero los trusts americanos encañoran la vida, poniendo por las nubes el trigo ó el carbón ó el petróleo; ¿no se señalan igualmente como unos enemigos y captadores del dinero ajeno? El préstamo á retro, la cuota *litis* del letrado venal, el artículo alimenticio sin cautad y sin medida, la influencia política puesta al servicio de este ó aquel negocio; el dictamen ó la resolución dados por el estímulo de un ascenso, las socieda-

des industriales de servicio público atentas á los dividendos activos y buscando trampas en la ley ó ciertas lenidades en la administración para excusar sus obligaciones y sus gastos... ¿Qué es todo eso sino una danza arco-macabra que ha sustituido á la otra danza medioeval?... El valle de lágrimas quiere reír, quiere alegrarse en ruidosa fiesta; pero mientras la ciencia no resuelva el problema de la dicha universal, seguirá resonando con elocuencia conmovedora la voz que desde su cátedra de pobreza exclamó:—¡Bienaventurados los humildes!

JULIO BURELL.

De actualidad

Se ha ordenado al comandante de ingenieros don Julio Cervera que tenga dispuestas dos instalaciones de telegrafía sin hilos para establecerlas en dos plazas africanas.

Supónese que serán Ceuta y Melilla.

Gijón.—En el Congreso naval acordóse, entre otras cosas, la aplicación á los marinos de la Ley de accidentes del trabajo.

Pedir la franquicia para traer barcos extranjeros mientras la construcción naval española no responda á las necesidades de la navegación.

Que los oficiales de la Armada no manden buques mercantes.

Tánger.—El sultán promovió reunión de notables en Fez arengándoles y encareciéndoles que confien en la fuerza de su gobierno.

Aseguró que dispone de medios para imponerse á la revolución.

León y Castillo comunica que Francia no piensa enviar ningún buque de guerra á Marruecos.

Firmóse la prórroga de los presupuestos para el año próximo, y el decreto modificando el artículo 31 de la ley del Timbre.

Abarzuza conferenció con el embajador de Inglaterra sobre las cuestiones de Marruecos.

Comunicó dicho diplomático que, por tratarse de cuestiones interiores de Marruecos, su gobierno no considera necesaria, por ahora, la intervención.

No hay noticias confirmatorias de la rendición de Fez.

Un telegrama de Tánger, de origen particular, asegura que el Sultán está encerrado en su palacio, perfectamente atrincherado.

Conferenciaron Abarzuza y Silvela.

Aquél manifestó que Cologan nada le comunicó de la situación de Fez.

Dicele que ha dispuesto un servicio de peatones para tener constantes noticias del interior de Marruecos.

Comunican de Londres que en caso de derrota del Sultán debe confiarse á España la misión de restablecer el orden en el imperio.

Francia é Inglaterra harán el gasto de la expedición.

En el Consejo, Silvela dió cuenta de las últimas noticias de Marruecos.

Deliberóse acerca de las previsiones que incumben al Gobierno español; aunque los representantes extranjeros opinan por el *statu quo*.

Villaverde leyó el decreto de prórroga del presupuesto.

Aprobóse un crédito para reparación de los cables de Cádiz á Tenerife y de Tarifa á Tánger.

Se dió cuenta del expediente de modificación de los servicios del ministerio de la Guerra, sobre base de aumento de los Jueces militares.

Acordóse una prórroga de seis meses para la reforma de la ley de minas encomendada á una comisión mixta.

Prorrogóse hasta fin de Enero el plazo para la redención.

Aprobáronse expedientes de subastas de guerra.

Se aprobó decreto prohibiendo la mezcla del pimentón.

Aprobáronse reglas para adaptar á la administración municipal la instrucción de apremios administrativos de Hacienda.

Aprobáronse disposiciones para evitar la epidemia variolosa.

Decreto reglamentando el pago de haberes, comisiones y gratificaciones á los Cuerpos de la Armada y para que, cumpliéndose la real orden de anticipación de 1.600.000 pesetas, que resulta de la liquidación del presupuesto de 1902, los gastos de 1903 se contraigan dentro de los créditos autorizados por la ley.

Acordóse que sea permanente el servicio telegráfico entre el ministerio de Marina y los Arsenales.

Aprobóse habilitación de boyas y balizas necesarias en el puerto de El Ferrol.

La nota oficiosa del Consejo dice que para no provocar complicaciones internacionales en la cuestión de Marruecos, Francia é Inglaterra

han resuelto mantener el *statu quo*, aun siendo derrotado el Sultán.

La familia trágica

¡Misterioso y tremendo destino el de los Habsburgo! Heridos por repetidas desdichas, se esfuerzan sus jefes en vivir en la intimidad del hogar, procurando que la maledicencia no halle punto donde morder, que la curiosidad popular no halle medio de cebarse en ninguno de sus individuos, y, cuanto mayor es el recato y más grande la prudencia, esa maledicencia y esa curiosidad resultan más fundadas, porque año tras año ocurren sucesos que dan pábulo á tan perniciosas pasiones.

Hace años ya del drama de Mayerling, que privó al imperio de su príncipe heredero. Otro archiduque, Francisco Salvador, renunció á sus títulos y honores y se embarcó á bordo del *Margareth*, perdido tiempo después en el fondo de los mares sin que se salvara Juan Orth, el capitán que había renunciado á las preeminencias de su ilustre estirpe.

Muere á consecuencia de un accidente de caza otro archiduque, y el luto vuelve á reinar en los corrales y en la corte.

Después muere á manos de Luohen la emperatriz, la viajera eternamente melancólica, la reina que parecía presa de mortal tristeza, la dama desconsolada que á las olas del mar de Grecia pedía olvido y calma, calma y olvido que no lograba y que de continuo la empujaban á nuevos viajes hacia regiones para ella aún desconocidas.

El archiduque heredero se casa luego orgánicamente con la mujer que adora, y este hace perder toda idea de sucesión directa.

Poco tiempo después, la archiduquesa Estefanía, que en su matrimonio con el príncipe imperial fuera tan desdichada, se enamora del conde de Lonyay, y, á pesar de todas las opiniones y de todas las amenazas que le hizo Francisco José II, se casa con su amante y abandona la corte fatídica donde parecen reinar el aburrimiento y la tristeza.

Como si todo ese cúmulo de desgracias y escándalos no fueran bastantes, ahora estalla uno nuevo y más formidable. A un tiempo mismo renuncia á sus títulos y honores el archiduque Leopoldo Fernando, para casarse con una antigua cantante de café concierto, la señorita Guillermina Adamovitch, y huye su hermana la princesa real de Sajonia, declarando que no volverá jamás á la corte de Dresde, donde, ya de antiguo, había dado pábulo á la crónica escandalosa.

El archiduque, casado ya con la mujer amada, ha tomado el nombre de Alberto Wolfing y está en Ginebra. Ha sido expulsado de Austria y no podrá volver á su patria sin permiso especial del emperador. Su hermana está también en una fonda de Ginebra, en compañía de su... profesor de francés, un joven llamado Aimé Girón, guapo mozo de aventajada estatura y gran señorío personal.

Parece que hace tiempo que la princesa Luisa y su profesor mantenían íntimas relaciones, lo cual no es de extrañar dado el carácter desenvuelto de la princesa que, antes que de nobilísima estirpe, parecía, como Clara Ward, la hija excéntrica de un archimillonario, más cuidadoso de sus intereses que de la educación y recato de sus hijos. Ya en otras ocasiones había abandonado el hogar doméstico, y siempre la perdonó su marido. Es probable que lo propio hubiera ocurrido ahora, pero las consecuencias irreparables que se dice que ha tenido su última falta han impedido al rey de Sajonia á pedir la nulidad del matrimonio de su hijo y la princesa Luisa, antes que un nuevo hijo de ésta pueda pretender el título y la fortuna de los príncipes de la sangre.

La princesa Luisa tiene tres hijos y hace diez años que estaba casada. Se dice que su esposo la maltrataba á consecuencia de sus demasías, y que esto acarrió un duelo entre su marido y el archiduque Leopoldo Fernando, que hirió á su adversario de un balazo en un muslo. La princesa, comprendiendo que su esposo y su suegro adoptarían medidas rigurosas contra ella, adoptó el partido de huir con Girón, que es bastante más joven que ella.

La doble pareja amorosa debe disfrutar lo indecible en Ginebra, sin cuidarse del escándalo que han dado en Dresde y en Viena.

MARCO POLO.

Cuatro palabras

Hallándonos de sobremesa varios amigos, hace pocos años, en casa del inolvidable Barbieri, recayó la conversación sobre los insultos, agravios y ofensas. Opinaron los oyentes que la bofetada mancillaba y dolía moralmente mucho más que la herida de arma blanca ó de fuego.

Se recordó el sabido caso de la infanta doña Carlota de Borbón con el ministro Calomarde, y su galante y única respuesta posible de «Manos blancas no infaman», mencionando también el de la santa Hermanita de los Pobres, que, al recibir de aquel á quien pidió limosna un terrible golpe en la mejilla, que le hizo derramar lágrimas, dijo con la mayor tranquilidad: «Está